



Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol.12, Núm. 2, pp. 211-239 - ISSN 2027-5528

Desprendimientos coloniales en investigaciones con mujeres en Patagonia Austral. De cuando la metodología y la militancia se vuelven trampas de opacidad

Colonial Detachment in research with women in Southern Patagonia. From when methodology and militancy become traps of opacity.

María Ana Meza Cruz
CIT Santa Cruz- CONICET
orcid.org/0000-0003-2123-8379

Romina Alejandra Behrens
Universidad Nacional de la Patagonia Austral
orcid.org/0000-0002-2528-8560



Universidad Industrial de Santander / cambiosypermanencias@uis.edu.co



Desprendimientos coloniales en investigaciones con mujeres en Patagonia Austral. De cuando la metodología y la militancia se vuelven trampas de opacidad

María Ana Meza Cruz: Centro de Investigación y Transferencia de Santa Cruz (CIT Santa Cruz- CONICET). Facultad de Filosofía y Letras- Universidad de Buenos Aires. Licenciada en Antropología Social- Becaria doctoral CONICET. Correo Electrónico: anamezacruz@hotmail.com ORCID ID: <http://orcid.org/0000-0003-2123-8379>

Romina Alejandra Behrens: Universidad Nacional de la Patagonia Austral. Licenciada en Comunicación Social, diplomada en Comunicación y Género, Especialista en Ciencias Sociales y Humanas, doctoranda en Comunicación. Tesis doctoral: Prostitución en Río Gallegos. Una genealogía de prácticas y saberes en pugna. Correo Electrónico: rbehrens@uarg.unpa.edu.ar ORCID ID: <http://orcid.org/0000-0002-2528-8560>

Resumen

Este trabajo nos reúne a ambas para reflexionar sobre nuestro hacer investigativo en el marco de nuestras tesis doctorales que tienen en común el contexto territorial, la perspectiva de género y las implicancias personales y políticas con los temas. Una es sobre las prácticas y saberes de la prostitución en Río Gallegos y la otra es sobre las condiciones de trabajo y vida de las mujeres de la minería en Río Turbio, ambas localidades de la Patagonia Austral. Con esto, nos propusimos hacer un ejercicio de conciencia de nuestros procesos de formación de subjetividad política como investigadoras feministas que abrazamos las teorías y epistemologías críticas, a fin de que nuestras prácticas permitan construcciones que

reconozcan el hacer-pensante de los sujetos y la continuidad de nuestros procesos de formación de pensamiento crítico.

Ambas nos propusimos narrar de manera reflexiva los itinerarios de investigación desde nuestros primeros acercamientos a los problemas hasta llegar a pensar en las contradicciones, crisis y transformaciones que fuimos desandando. A partir de este diálogo, pusimos en común el análisis de nuestros procesos investigativos en relación a dos aspectos: el primero se vinculó con las interpelaciones que nos hacen los territorios en contextos de desplazamientos y el segundo con las propuestas del hacer decolonial para desprendernos de las metodologías y las trayectorias activistas con las que iniciamos la investigación.

Palabras clave: decolonialidad; metodología; Patagonia; mujeres; feminismos.

Colonial Detachment in research with women in Southern Patagonia. From when methodology and militancy become traps of opacity.

Abstract

This work brings us both together to reflect on our research work within the framework of our doctoral theses that have in common the territorial context, the gender perspective, and the personal and political implications of the issues. One is about the practices and knowledge of prostitution in Río Gallegos and the other is about the working and living conditions of mining women in Río Turbio, both locations in Southern Patagonia. With this, we set out to do an exercise in awareness of our processes of formation of political subjectivity as feminist researchers who embrace critical theories and epistemologies, so that our practices allow constructions that recognize the doing-thinking of the subjects and the continuity of our critical thinking training processes.

We both set out to reflectively narrate the research itineraries from our first approaches to problems until to think about the contradictions, crises and transformations that we were unfastening. From this dialogue, we shared the analysis of our investigative processes in relation to two aspects: the first was linked to the interpellations that the territories make to

us in contexts of displacement and the second with the proposals of decolonial doing to get rid of the methodologies and activist trajectories with which we began the investigation.

Keywords: decoloniality; methodology; Patagonia; women; feminisms.

Fecha de recepción: 14 de septiembre de 2021

Fecha de aprobación: 21 de septiembre de 2021

Introducción

Este trabajo parte del deseo y necesidad de encontrarnos en la reflexión y escritura para compartir y pensar desde dónde, para qué, contra qué y contra quienes construimos conocimiento sobre problemáticas donde las relaciones de género resultan ser centrales en Patagonia Austral. Es decir, nos proponemos hacer un ejercicio de conciencia de nuestros procesos de formación de subjetividad política como investigadoras feministas que abrazamos las teorías y epistemologías críticas, a fin de que nuestras prácticas permitan construcciones que reconozcan el hacer pensante de los sujetos y la continuidad de nuestros procesos de formación de pensamiento crítico.

Retomando la propuesta de Torres Carrillo (2014) de “biografía epistémica” identificamos crisis que nos permiten dar cuenta de nuestras incomodidades y movimientos desde una investigación que parte de una relación sujeto-objeto, al intento por acercarnos a otra donde el vínculo sea sujeto-sujeto. “Porque no se puede comprender lo social, sin involucrar lo que hay de subjetividad, lo que hay de cultura, pero tampoco se puede conocer lo social, si no nos reconocemos nosotros como sujetos que leemos posesionados en la historia” (Torres, 2019, p.116); es que esta propuesta nos permite ver cómo la realidad que se presenta en constante movimiento nos desafía, ya sea en la construcción del problema, en la forma en que nos acercamos a leerla, la relación que construimos con los sujetos que son parte de nuestras investigaciones y con las maneras ético-políticas con que construimos conocimiento situado.

Así, para la presentación de estas reflexiones iniciamos con la descripción de cómo las autoras se encuentran en el cruce investigativo y de militancias y continuamos con una breve caracterización de los contextos masculinizados en los que investigamos. Seguidamente, a modo de diario de campo, exponemos los inicios de nuestras investigaciones, las contradicciones, crisis y transformaciones que fuimos dando, teniendo en cuenta la relación con los sujetos de investigación y el intercambio de saberes que nos mantuvo en permanente revisión de nuestras prácticas. Para finalizar, ponemos en común el análisis de nuestros procesos investigativos en relación a dos aspectos: el primero se vincula con las interpelaciones que nos hacen los territorios en contextos de desplazamientos y el segundo

se relaciona con las propuestas del hacer decolonial para desprendernos de las metodologías y las trayectorias activistas con las que iniciamos la investigación.

Situando la escritura desde el nosotras

El 2018 nos encontró entre las múltiples maneras en que damos testimonio de nuestra época. Ese año condensaron dos situaciones que nos atravesaron e hicieron de puente para que confluyéramos en el comienzo de nuestros diálogos y en la búsqueda de crear comunidad de aprendizajes situados y con perspectiva de género en Patagonia Austral.

Los aires que escucharon los gritos del movimiento *Ni una menos* en el 2015 se convirtieron en viento lanzando desde Argentina las voces de más de 200 mil personas que pusieron el cuerpo, exigiendo justicia por las mujeres asesinadas por el sistema capitalista, patriarcal y racista. El eco se hizo sentir en distintas regiones del mundo uniendo reclamos y denuncias ante los mismos dolores, y la urgente necesidad de políticas estatales y compromiso social para frenar la violencia hacia las mujeres y diversidades. Este acontecimiento de gran significación forma parte de la genealogía de luchas de los movimientos de mujeres y feministas de la región y marca, de alguna manera, un punto de quiebre en la visibilización de demandas a favor de la vida.

Bajo el calor de este movimiento, durante el 2018 se consolidan una serie de propuestas tendientes a dar respuesta a la necesidad y deseo de diseñar y desarrollar políticas que contribuyan a erradicar las desigualdades de género y las violencias en todo el sistema universitario argentino. Diversos equipos interdisciplinarios se constituyeron en comisiones de trabajo situadas en los territorios donde las universidades son parte. Estructuras comunicacionales y documentos institucionales, diversas estrategias tendientes a prevenir, reducir y hacer frente a la violencia machista comenzaron a ser parte de la vida universitaria en forma de programas y proyectos, abriéndose paso entre dinámicas y modos de relaciones profundamente arraigadas en los ámbitos académicos. La Universidad Nacional de la Patagonia Austral (UNPA) también se sumó a esta iniciativa formando parte de lo que en 2018 se constituirá como la Red Universitaria de Género (RUGE -CIN).

La UNPA se caracteriza por estar formada por unidades académicas distribuidas a lo largo y ancho del territorio provincial, distantes unas de otras entre 300 y 800 km. Con

representantes de cada sede, se creó la Comisión Asesora en Cuestiones de Género (CAG) en el seno del Consejo Superior celebrado en Río Gallegos el 13 de octubre de 2017. En ese espacio confluimos ambas autoras y junto a otras compañeras pusimos en marcha un dispositivo para el encuentro, reflexión y análisis de las situaciones cotidianas de cada comunidad educativa y del contexto socioeconómico del que forman parte buscando articular con instituciones y colectivos de la región con intereses en problemáticas de género.

Pero este no fue el único espacio donde nos encontramos. También por esos años, específicamente en el 2016, se creó el Centro de Investigaciones y Transferencia de Santa Cruz (CIT Santa Cruz) con responsabilidad compartida entre la UNPA, la Universidad Tecnológica Nacional (UTN) y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET), con el fin de potenciar desarrollos regionales y promover la investigación nacional. Con una fuerte impronta en las ciencias aplicadas y ciencias naturales se prioriza como áreas temáticas la investigación en energía, alimentos, gas y petróleo, medio ambiente, minería, turismo y producción de bienes culturales. Paulatinamente becarias/os doctorales y pos doctorales comenzaron a transitar sus investigaciones enmarcadas en este espacio. Dentro de la minoría de las ciencias sociales están nuestras investigaciones doctorales con sus respectivas becas, una que aborda problemáticas vinculadas a los saberes y prácticas de la prostitución en Río Gallegos (2013-2018) y otra sobre condiciones de vida y trabajo en torno a una explotación subterránea de carbón mineral estatal (2019-2024).

De esta manera el CIT Santa Cruz, la CAG y un seminario de posgrado dictado por la Dra. Silvia Valiente¹ fueron los puentes que nos acercaron a ambas en varios aspectos, entre Río Gallegos (capital provincial) y Río Turbio (cuenca carbonífera limítrofe con Chile), en los campos de la comunicación social y antropología social, en nuestras historias personales -incluidas maternidades recientes-, la militancia feminista y las diversas maneras en que como mujeres en tanto sujetos que habitamos este territorio desplegamos nuestras prácticas, proyectos y utopías.

¹ Hacer metodología de la investigación desde la perspectiva del sujeto en el territorio. UNPA UARG- 2021

Patagonia Austral, cuna de la explotación de territorios y cuerpos

En Patagonia Austral diferentes discursos hegemónicos vinculados al avance del capitalismo fueron marcando narrativas de ausencias de sujetos, invisibilizando su existencia y sesgando aún hoy la mirada con la que leemos este territorio.

Para ubicar nuestro lugar de enunciación desde una perspectiva geo-corpo-política podemos decir que Patagonia Austral es la región más austral latinoamericana, donde los Estados nacionales chilenos y argentinos desplegaron desde mediados del siglo XIX diferentes estrategias de incorporación de estos territorios al Estado nacional y donde la experiencia y resistencia a estas acciones resulta desconocida dada la supresión de la subjetividad de los sujetos como ejes primordiales en la manera de construir conocimiento desde el pensamiento histórico y social clásico.

Expediciones de viajeros, científicos y funcionarios estatales marcaron los lineamientos del accionar bajo premisas evolucionistas centradas en el progreso, civilización y clasificaciones raciales. Así, la identificación de recursos a ser explotados, sitios a ser colonizados y el reconocimiento de potenciales indígenas resultan claves para alcanzar el objetivo de vaciar la Patagonia e instalar poblaciones y actividades económicas funcionales al capital.

Mariela Rodríguez (2010) en su investigación sobre procesos de invisibilización y visibilización de comunidades Tehuelches da cuenta de cómo el sometimiento indígena a través de la enajenación de sus territorios, campañas de exterminio, proyectos asimiladores y la hegemonía de un régimen de subjetividad donde solo es posible ser indígena en zonas rurales y en el pasado produjo que quienes se trasladaron a centros urbanos dejaran de serlo para convertirse en marginados indiferenciados étnicamente y se generara en el sentido común la idea de que en Patagonia y especialmente en Santa Cruz no hay indígenas. De este modo los tehuelches fueron condenados a la inevitable desaparición bajo la idea de extinción de los últimos indígenas puros, los mapuches son considerados ilegítimos al ser el resultado de migraciones desde otras provincias o desde Chile, y los otros pueblos indígenas resultan invisibilizados (Rodríguez, 2010).

El vaciamiento discursivo del territorio resultó clave para que los Estados desplieguen su proyecto modernizador profundizando el colonialismo. Sobre este “vacío” y a través de

sus diversas políticas y programas económicos, sociales y territoriales se irá delineando la estructura productiva de Santa Cruz determinando los sujetos destinatarios de la misma.

El extractivismo fue y es la marca característica de avance de este modelo que se expresa, entre otras formas, en la geografía que hace que entre Río Turbio y Río Gallegos existan 300 km sin poblados urbanos intermedios. La ganadería extensiva ovina desarrollada bajo la concentración de la propiedad de la tierra en manos de unos pocos propietarios, arrendatarios y dueños del capital, fue uno de los factores que imposibilitó la constitución de un campesinado agrario, como sí existe en otras regiones. Sobre el declive de ciclos económicos y la necesidad de dar respuesta a demandas internas y exigencias externas el industrialismo resultó motor de pensamiento y fue concebido como garante de crecimiento económico, generador de empleo y soberanía nacional.

Bajo este lineamiento se impulsaron, en distintas regiones del país, áreas estratégicas para la producción energética. El rol del Estado resultó protagónico ya que desplegó una serie de políticas y acciones específicas para facilitar el poblamiento en zonas poco habitadas y la instauración y funcionamiento de las empresas extractivas, como los yacimientos petrolíferos al norte de Santa Cruz y el caso del Yacimiento Carbonífero Río Turbio (YCF) al sur oeste.

La pesca sobre el litoral marítimo y posteriormente el turismo se sumarán junto a nuevos yacimientos mineros con capitales globales como dinamizadores del mercado, garantes de empleo y, en tanto tal, de “desarrollo” y bienestar social.

Así como los discursos científicos y nacionalistas invisibilizaron la existencia de indígenas en Santa Cruz, las teorías más difundidas sobre desarrollo y los discursos políticos y mediáticos que las retoman reproducen una abstracción del sujeto destinatario de estos programas de empleo y poblamiento. Parecen no tener cuerpo, ni deseos o necesidades, ni se encuentran atravesados por relaciones de poder sexogénicas, apelando de este modo a cierta universalización del trabajador utilizando la experiencia masculina en los mercados como normalidad económica.

Primacía masculina en los planteles de empleados, toda una serie de actitudes, comportamientos, prácticas concretas y valores que la cultura dominante identifica como masculinas (Espino, 2012), así como la propia organización empresarial y la influencia y transmisión de otras instituciones, contribuyeron a la conformación de una masculinidad

hegemónica (Cornell, 2003; Palermo, 2017) intrínseca a muchas de estas actividades extractivas. Con la centralidad y jerarquización de estas actividades se produce la exclusión e invisibilización de actividades por fuera del mercado, las que están orientadas al cuidado y reproducción de la vida (Carrasco, 2006) y del sujeto que ocupa estos espacios. La segregación de la mujer contribuyó además a la generación de otros empleos que se constituyen básicamente como femeninos: prostitución², educación, salud, administración pública.

De esta manera las distintas perspectivas y prácticas políticas de varones y mujeres también resultan de la influencia histórica del Estado como generador de empleo en este espacio y como factor de invisibilización.

Nos habituamos a narrativas que implican siglos de eclipsamiento de los sujetos que habitamos este espacio y formas plurales de lectura de mundo. Así nos acostumbramos a la narrativa de la ausencia de la pluralidad de mujeres de este territorio. A la ausencia gitana, africana e indígena en Santa Cruz, a la migrante y, de a ratos, a la ausencia de nosotras mismas.

Cabe preguntarnos a la luz de nuestros propios contextos de época y desde las propuestas éticas políticas de las epistemologías críticas ¿Dónde se encuentran las mujeres en estas narrativas de ausencia e invisibilización? No nos referimos “al sujeto histórico [mujer] del relato del cambio social actor genérico homogéneo objetivado llamado a construir una única realidad y desde una única subjetividad” (Chanquia 1994, p.42; como se citó en Torres y Torres, 2000, p.7) que también está ausente en los relatos anteriormente descritos, sino al sujeto social que involucra diferentes instancias constitutivas y universos simbólicos. Hablamos del sujeto social constituido por necesidades, deseos, experiencias y proyectos y que, desde ahí, despliega diversas formas de relacionarse con la realidad, con individuos y colectivos, y que a través de las prácticas se va construyendo en la historia. Entonces ¿Qué pluralidad de sujetos mujeres, colectivos y singulares podemos ver estando ancladas desde miradas homogéneas y hegemónicas propias del discurso del desarrollo? ¿De qué manera podemos retomar el papel activo de la subjetividad y de los sujetos tanto en los procesos de

² En línea con lo que venimos contando, los primeros años de Río Gallegos como de Río Turbio se conformaron con poblaciones verticalmente masculinas y sus respectivas casas de prostitución.

construcción de conocimiento, como en la dinámica histórica y en la misma construcción de la realidad?

Experiencias investigativas, activistas y personales

La escritura de la situación es una escritura en mudanza. Para quienes creemos necesario que nuestra escritura sea firme y concluyente no es sencillo presentarnos en una escritura movediza, escurridiza, torcida. La situación no se escribe con caligrafía ni con ortografía, sale más bien espasmódicamente. Es una escritura que nos sale del fondo del estómago arrastrando palabras indigestas (Haber, 2011, p.26).

Reconociendo que la generación de conocimiento no es una cuestión intelectual sino una práctica histórica, y que la realidad se encuentra en un continuo devenir, asumimos nuestros procesos de investigación como parte de este dinamismo. Desde aquí es que nos propusimos reflexionar sobre el lugar que asignamos al sujeto en nuestras investigaciones, las trampas de ocultamiento en las que caímos replicando invisibilizaciones propias del pensar teórico y de nuestras trayectorias de vida.

Para dar cuenta de ello retomamos algunos fragmentos de nuestros itinerarios biográficos (Torres, 2014) donde los territorios que nos invocan y nuestra condición de mujer fueron delimitando la forma en que llegamos a nuestras investigaciones.

La experiencia investigativa de Romina

A mis 18 años empecé a cuestionarme mi poca sensibilidad con la religión. Apenas llevaba seis meses viviendo en Bernal³, recién llegada de Río Gallegos para emprender una carrera universitaria. Me acerqué a la parroquia principal y me recibió el cura a quien le conté mi preocupación basada en la poca motivación para encontrarme con Dios. ¿De dónde venía esa necesidad? Afortunadamente me encontré con un hombre sensible que supo ver en mí la necesidad de brindarme a la sociedad y me orientó sobre qué podía hacer en esa localidad del conurbano bonaerense tan desconocida para mí. No pasó mucho tiempo antes que el

³ Bernal es una localidad ubicada en el Partido de Quilmes, zona sur del conurbano bonaerense, alrededor de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, capital de Argentina.

transcurso por la universidad me llevara, en el contexto de una militancia estudiantil, a involucrarme en proyectos de extensión y de voluntariado universitario. Ávida de estudiar y de comprender la realidad para transformarla, pasé mis años universitarios entre clases, asambleas estudiantiles y talleres barriales para las comunidades que residían muy cerca de la Universidad Nacional de Quilmes. Aunque continué trabajando en los barrios, los dos últimos años de carrera transitó reflexiones junto a otras compañeras universitarias que me perfilaron hacia la agenda de las mujeres, eligiendo las desigualdades en la crianza, el aborto o la trata de personas como temas en los que me comprometía intelectualmente. Sin embargo, y a pesar de haber convivido tanto tiempo con mujeres de las villas y después de ser testigo directa del enorme aporte social que ellas hacían en sus espacios, todavía no podía hilvanar algo que conectara a esas mujeres con la agenda del feminismo.

Volví a migrar a mi ciudad natal de Río Gallegos en el 2009, la capital de la provincia de Santa Cruz. Hacía un año se aprobaba la ley nacional contra la trata de personas con fines de explotación sexual, con el telón de fondo de la desaparición de Marita Verón, el 3 de abril del 2002 en San Miguel de Tucumán, y con la búsqueda incansable por parte de su madre, Susana Trimarco que en el 2007 creó la Fundación María de los Ángeles Verón y no paró de visibilizar la trata de personas a nivel nacional e internacional. En Santa Cruz, el trabajo contra la trata de personas había empezado en el 2006 a través de una Secretaría de Estado de Derechos Humanos creada ese mismo año. Mientras esto sucedía, yo buscaba un trabajo que me permitiera ser un poco más independiente y ejercer mi profesión con la perspectiva comunitaria con la que venía familiarizada desde mi formación de grado en el conurbano bonaerense. Sentí que me dieron la espalda en varios lugares cuando mis ganas de emprender proyectos de comunicación popular no podían desplegarse. En la Universidad no me presentaron experiencias similares, tampoco fue sencillo involucrarse con organizaciones sociales o espacios políticos que tuvieran ganas de confiar en una desconocida. El primer trabajo que conseguí fue en un Instituto de Enseñanza Privada. Le daba clases a los hijos de la elite de Río Gallegos. Mi vestimenta y mis modos de hablar se tuvieron que adaptar para sobrevivir, pero las ganas de seguir trabajando por la transformación no se iban ¿Cómo iba a entrar en los barrios si pasaba mañanas y tardes en el colegio privado? No quería estar ahí y mi sensación era la de perder el tiempo y con eso el entusiasmo. Como le sucede a la mayoría

de les docentes, empecé a juntar horas en otras escuelas; recién allí pude dar un taller de radio en un programa provincial denominado Colegios Abiertos. Fue una experiencia encantadora con jóvenes de entre 13 y 17 años que tenían muchas ganas de salir de la monotonía de la escolaridad tradicional. Además de divertirse y pasarla bien, tenían intereses sociales que me permitieron proponer la elaboración de unos podscat sobre trata de personas. Nos pusimos a investigar el tema, a nivel internacional existía información muy preocupante, pero a nivel local nos encontrábamos con una indiferencia casi total al modo en que se presentaba la trata como problema de derechos humanos y de violencia para las mujeres. En Río Gallegos, se percibía la convivencia de dos polos opuestos: por un lado, se discutía la regulación de los locales denominados “Las Casitas” (barrio de casas de prostitución) y por el otro, en los diarios nos anoticiábamos de los rescates de mujeres víctimas de trata en diferentes prostíbulos de la capital y de otras localidades de Santa Cruz. Me llamaba la atención el silencio, la indiferencia y la poca relación que esos rescates tenían con el intento de regular la prostitución.

Finalmente, a fuerza de contactos, entré a trabajar en el Estado provincial. Elegí ir a trabajar a un Centro de Integración Comunitaria⁴ con absoluto altruismo y con la más plena ingenuidad. Durante el mandato de Daniel Peralta como gobernador (2007-2011, 2011-2015), el Barrio Belgrano había sido uno de los escenarios de la política en época de campaña, allá por el 2011, y allí me vi envuelta en algo que no buscaba. Mis deseos de retomar el trabajo comunitario no pudieron lograrse en un entramado de asistencialismo, becas partidarias y el desgano al que muchos profesionales y administrativos del empleo público se entregan después de ninguna oferta que los valore. Así es que pasé de la búsqueda de espacios para continuar la militancia social, a construirme como activista feminista en una localidad a 3000 km. de Buenos Aires, cuando todavía el feminismo no era mala palabra pero tampoco era tan conocida. En el 2010 armamos junto a otras compañeras el Colectivo de Mujeres “Las Juanas” que ya tenía grupos de mujeres en otras ciudades como CABA, Córdoba, Rosario,

⁴ Los Centros Integradores Comunitarios (CIC) son espacios de integración comunitaria, construidos en todo el país, para el encuentro y participación de diferentes actores que trabajan de modo intersectorial, para promover el desarrollo local en pos de la inclusión social y del mejoramiento de la calidad de vida de las comunidades. (Ministerio de Desarrollo Social de la Nación).

etc. Hicimos una serie de actividades en la ciudad y precipitadamente nos dimos a conocer de manera pública, siendo una fuente de consulta para los medios de comunicación en diferentes oportunidades. No solo nos animábamos a hablar de aborto cuando apenas se conocían los pañuelos verdes por estos lares, sino que también nos habíamos posicionado como una organización abolicionista. Todavía seguía sin poder asociar esa agenda con la militancia barrial. No me negaba ni me desligaba del tema, simplemente no lograba relacionar las mujeres de los barrios con las mujeres del feminismo. ¿Qué tipo de mujeres valía la pena defender? Sin duda que las víctimas, las sumisas, aquellas que no pudieron defenderse, esas mujeres sí que eran preocupación de los feminismos. Las mujeres que habían sido víctimas de la trata o que estaban ejerciendo prostitución por su situación de vulnerabilidad, sí. Pero las del barrio, las que yo conocí en las villas de Quilmes, que eran aguerridas, fuertes, no estaban en mi visión, y las que decidían ejercer el trabajo sexual menos, eso ni siquiera se cruzaba como posibilidad. Entonces ¿Quiénes son las mujeres que podían ser feministas en ese entonces? ¿Y cómo eran las mujeres que al feminismo le interesaba defender? Para que las trabajadoras sexuales ingresaran en mi marco feminista, el oleaje de esa marea tenía que ponerse aún más bravo y darme unas buenas revolcadas.

En tiempos de zambullirme en el estudio atraída por la formación de postgrado, tras la zanahoria⁵ de una beca de investigación, emprendí lecturas de artículos científicos de investigaciones empíricas, y me encontré con un debate teórico alrededor de la prostitución que no comprendía del todo hasta que los subrayados y las anotaciones en papelitos empezaron a cobrar sentido en la escucha atenta de las mujeres que ejercían trabajo sexual. Todavía pertenecía a la organización abolicionista y las lecturas que me incomodaron tanto empezaron a aparecer como cuestionamientos propios en las charlas y los talleres en los que participaba. Por fuera del abolicionismo sucedían otras cosas, las mujeres se mostraban autónomas y exigían para ellas el reconocimiento de derechos como trabajadoras. En el 2011 salió un decreto presidencial que prohibía la publicación de avisos de oferta sexual en los medios de comunicación. En la radio y en la prensa gráfica local apareció una chica, anónima, que pedía hablar con nosotras. Ella buscaba ayuda por todos lados porque le preocupaban los

⁵ Expresión popular que alude a la motivación.

obstáculos que estaba teniendo en lo que ella consideraba su trabajo, pero la decisión del grupo fue que con esas mujeres no teníamos nada que hablar.

Mis escrituras previas a este desarme iban en la misma dirección. Sin conocer todavía experiencias de trabajadoras sexuales, creía que mis palabras eran útiles para “dar la voz” a aquellas que no tenían voz o lugares donde hablar. Yo que pensaba que los funcionarios, proxenetas, policías y hasta la prensa hablaba por ellas sin tenerlas en cuenta, me encontraba haciendo lo mismo que había criticado. Estaba describiendo a la otra –pre construida– según los esquemas conceptuales y de sentido común que yo traía previamente. Las mujeres eran sumisas, estaban ahí porque no tenían otra opción, desconocían otras realidades y se inventaban que se trataba de un trabajo porque así soportaban la devaluación de la subjetividad que les provocaba la prostitución diaria, o eso pensaba yo. Si “dar la voz” era eso, no era necesario que yo ocupara ese lugar. En el 2010 escribía: “las prácticas de agresión emocional no son reconocidas por las mujeres víctimas de la violencia o son justificadas bajo el telón de los roles ‘naturalmente’ asignados” (Behrens, 2012, p.18). El gran descubrimiento sobre los discursos de la prostitución sólo confirmaba lo que yo pensaba previamente, la opresión masculina no tiene escapatoria para estas mujeres.

Este camino me llevó a revisar todo lo que había dicho, escrito y militado con tanta seguridad. Cuánto dolor y vergüenza se puede sentir cuando se reconoce que el vínculo con los sujetos tiene las mismas características de tutelaje y patronato de aquellos que tanto mirábamos con el dedo acusador. ¿Cuánto de la explotación sexual estaba reproduciendo en mi investigación? ¿Cuánto me permitía escuchar y comprender lo que ellas sentían y expresaban? ¿Se puede ser feminista siendo indiferente al deseo ajeno?

Muy tímidamente empecé a exponer mis opiniones en público, con el tiempo hasta me animé a dar notas, escribir artículos o salir en programas de televisión, atrapada en la polémica que despertaba para los medios ese otro posicionamiento. Como sospechaba mi prudencia, ahí estarían las y los abolicionistas para señalarme con el dedo. Una página de Facebook de posición abolicionista compartía una entrevista que me hicieron para cuestionarla: “Según lo dice en la nota Behrens ha estudiado los discursos sobre la prostitución, lo que es muy diferente a estar en prostitución, haber sido prostituida, o trabajar directamente con las personas que están o estuvieron en esa situación”. En otro artículo que

publiqué para la *Revista Furias*, un comentario me decía: “Tu reflexión es tan reduccionista y tan vacía de contenido que me cuesta comprender que seas investigadora”. A quienes tenemos esta posición sobre el trabajo sexual, el activismo abolicionista nos manda a estudiar, dudan de nuestra condición de investigadoras o subestiman nuestras opiniones porque no ejercemos prostitución. Paul Preciado en su *Manifiesto Contrasexual* se pregunta “¿se puede escribir sobre la heterosexualidad siendo marica o bollo? E inversamente, ¿se puede escribir sobre la homosexualidad siendo hetero?” (2011, p.11) ¿Es indispensable ser trabajadora sexual para estudiar el trabajo sexual? Y lo mismo vale para las profesionales que hacen trabajo social, atención psicológica, etc., ¿cómo escuchan y comprenden esas y esos profesionales? La pregunta central es cómo y desde dónde nos relacionamos con las mujeres. En los procesos investigativos ¿las tomamos como objetos de estudio o como sujetos políticos que nos nutren y nos acompañan a investigar? ¿Desde qué miradas partimos, la nuestra o la de ellas?

Cuando una compañera me agravia en las redes o etiqueta a otra para hacer observancia, encuentro una síntesis del debate al interior de los feminismos y me dispongo a la discusión respetuosa y me afirmo en el respeto que les debo a las mujeres que conocí, inspiradoras de mi proceso investigativo y compañeras en la militancia por la ampliación de derechos. En junio de este año me invitaron a un panel para conversar sobre las putas de hoy y las de antes, en alusión al homenaje que rendimos a las putas de San Julián⁶. Compartí el panel con una compañera que ejerció el trabajo sexual durante la última dictadura argentina y dio un testimonio crudo de la violencia institucional que padeció y que todavía padecen las trabajadoras sexuales, sobre todo en las grandes ciudades. Me tocó exponer en el último lugar, después de haber compartido el relato de esa compañera, y tuve ganas de no decir nada, acostumbrada a cuidar lo que digo, a no avasallar sus trayectorias, a considerar su palabra aún más por estar mediada por mi exposición y por tener plena conciencia de mis privilegios, porque no soy yo quien ocupa ese lugar.

⁶ El hecho histórico conocido como las putas de San Julián, fue relevado por Osvaldo Bayer en su libro *La Patagonia Rebelde*. Sucedió el 17 de febrero de 1922 cuando cinco prostitutas de Puerto San Julián decidieron no atender a los soldados que habían fusilado a los huelguistas del conflicto rural en la Patagonia de los años 20.

La experiencia investigativa de Ana

Dejé la tierra colorada misionera⁷ en el 2013. Esa partida, como suele ocurrir, implicó un desgarró y a la vez un salto al vacío. Dejaba una vez más (ya lo había hecho años atrás desde mi Buenos Aires natal) a mi familia sanguínea materna y esa elegida, compuesta por amigos y compañeros de la carrera de antropología social. La primera, impregnada de experiencias de colonos ucranianos migrantes de posguerra, trabajo rural, chamamé, monte y río. La segunda, forjada al calor de cursadas, grupos de estudios, voluntariados universitarios con sectores rurales, y la humildad y generosidad de inmensos maestros, docentes del grado, pero especialmente del postgrado de antropología social.

Había terminado la cursada y me quedaba pendiente la tesis de licenciatura. Mis intereses por aquellos años giraban en torno a las condiciones de trabajo y salud de los tareferos (cosechadores de yerba mate). Me inquietaba conocer de cerca la tarefa, los viajes en camiones, los acampes, los reclamos por mejoras en sus condiciones laborales y habitacionales, sus dolencias y pesares que intuía que serían vividos muy diferentes según sean hombres, mujeres y niños. Quería comprender cómo es vivir y padecer el yerbal, cómo desplegaron formas de sanar, aliviar, y luchar por vidas dignas.

Este interés tenía una implicación profunda y fácil de rastrear en mi historia. Los había visto trabajar en los yerbales y paseaba por sus barrios al recorrer la chacra de mis abuelos. Sentí de niña la segregación de clase y etnia, los “bugres”, la “negrada” como solía escuchar al referirse a familias enteras trabajadoras del yerbal. Había estudiado sobre la historia y antropología regional, sobre la estructura agraria en misiones y con varios compañeros nos sentíamos interpelados por la educación popular y lo que ocurría del otro lado de la frontera con el Movimiento de los trabajadores rurales sin tierra (MST). Así acompañé acampes de colonos en reclamos de precios justos por la yerba en el 2007, y participé del primer censo tarefero en la provincia en el 2009 palpando de cerca la precariedad absoluta. Estando en la cuenca, mi intención era viajar seguido desde Santa Cruz a Misiones y alternar trabajo de campo con escritura. No fue así. Sin equipos de estudio o referentes académicos, necesité

⁷ Provincia del noreste argentino limítrofe con Paraguay y Brasil, distante a 3000 km. de Santa Cruz

desempolvar el guardapolvo blanco de maestra de grado y dejar en barbecho la antropología, trabajar e intentar adaptarme a este sur minero, y a la nueva familia que intentaba construir.

Sintiendo que ese proyecto inicial de pisar el yerbal se alejaba, el 2014 me sorprendió con la memoria profunda de los diez años de la llamada “tragedia de los 14 mineros” y un juicio oral y público. Diez años y el pedido de justicia de familiares de los mineros fallecidos en el último gran accidente en las profundidades del cerro hacia los responsables de la empresa y al Estado por un hecho que se podría haber evitado. Junto a esa memoria colectiva venían las luchas de los 90 y 2000 que como trabajadores y pobladores libraron durante la privatización y el desmantelamiento de la empresa Yacimientos Carboníferos Fiscales (YCF) en el marco de políticas neoliberales de ajuste del gobierno menemista. Tragedia, lucha y resistencia se parecían amalgamar con las inversiones vinculadas a la construcción de una gran obra, la usina termoeléctrica, que busca dar continuidad a la explotación del carbón a través del interconectado nacional.

Chimeneas humeantes de la usina, bocas de mina y montañas de carbón estéril que se mezclan con bosques de lengas y cerros nevados eran ahora mi cotidiano. Un claro paisaje fabril y una población que exalta la figura del minero como fundador del pueblo, a la empresa como razón de ser del espacio y la esperanza de la finalización de una gran usina tensionaron mi capacidad de lectura de mundo. ¿Qué motiva a una persona a trabajar en las profundidades de un cerro sabiendo que su vida está en constante peligro? ¿Cómo es vivida esta experiencia por los trabajadores y sus familias? ¿Cómo es que este trabajo y todo lo que implica en cuanto a sus condiciones y explotación de la naturaleza llega a ser considerado como pilar fundamental de vida en este lugar?

Así, con la decisión de dar cierre a mi carrera, me propuse caracterizar la realidad socio laboral referida a la explotación subterránea de carbón mineral y las formas en que dicho trabajo estructuró históricamente las dinámicas de vida de la población. Quería conocer cómo es trabajar en interior de una mina y cómo la mina impregna el cotidiano familiar, cómo es atravesar accidentes, padecer el peso del cerro, y aun así continuar bregando por ese trabajo. El desafío implicaba hacer observación participante en el espacio de trabajo y ahí tuve uno de mis primeros obstáculos: mi condición de género. Las mujeres tenemos prohibido el ingreso a mina a excepción del día de la patrona de los mineros, día donde no trabajan y se

permite el ingreso a mina a modo de recorrido turístico. Entonces, por primera vez comencé a verme mujer y antropóloga en un espacio masculinizado. Sin elegirlo a primera vista me encontré atravesada por un problema que conjuga tensiones entre género, poder, salud y trabajo en Patagonia Austral, problema que me exigía y- aún lo hace- desarmarme y crear formas de abordarlo/me para avanzar sosteniendo la vida.

En febrero del 2018 durante el gobierno nacional de Mauricio Macri, los mineros del carbón comenzaron una nueva etapa de lucha tras cartas de despidos y retiros voluntarios. Más de 500 trabajadores movilizaron a la población; acamparon en boca de mina 5 e impidieron el avance de las fuerzas de gendarmería en un intento de desalojo y dispersión de las acciones de protesta.

Necesité estar ahí, solidarizarme con las familias con quienes durante años intenté conocer su mundo. En ese momento sentí responsabilidad y necesidad de coherencia. Creo que fue la decisión que marcó la diferencia entre estudiar lo que “los nativos” hacen y dicen que hacen para comenzar a ser parte de la cuenca carbonífera en la doble dimensión de antropóloga y vecina. Estudiar sobre condiciones de vida y trabajo minero y no estar acompañando y leyendo el presente con los trabajadores y las trabajadoras me situaba en una posición incómoda, me ponía cara a cara con ese extractivismo académico que deseaba no continuar replicando.

Veía repetir parte de la historia narrada sobre las luchas de los 90 y 2000 ahora encarnada en algunos de mis amigos quienes hacían cortes de ruta y se desvelaban tratando de pensar estrategias de lucha, resistencia y continuidad con sus proyectos de vida. Los “chicos de ahora”, como llaman algunos a los trabajadores actuales en comparación con los viejos mineros, se encontraban transitando la primera gran crisis laboral y personal desde su ingreso en la empresa a mediados de los 2000. Sin embargo, esta no fue la primera manifestación pública en defensa del trabajo y la continuidad de la vida en esta zona fronteriza de Patagonia austral.

Desde mi estancia en la cuenca fueron muchos los cortes de ruta y los acampes. Se podría decir que se convive con ellos a lo largo de los años: trabajadores tercerizados de ISOLUX Corsan (empresa española constructora de la mega usina que cierra por quiebra); trabajadores municipales, docentes, personal de salud, judiciales, y autoconvocados

solicitando empleo en las puertas de administración de Yacimientos Carboníferos Río Turbio (YCRT ex YCF). Una sucesión de protestas marca el ritmo de los meses. Pero esta vez era diferente. Quienes se manifestaban eran los trabajadores de la empresa “madre” de este espacio. Histórica y simbólicamente representa para muchos, parte constitutiva de su identidad.

Durante los meses de conflicto muchas mujeres de la cuenca se vieron/ nos vimos movilizadas a la par de los trabajadores/as. Se organizaron colectas, ollas populares, asambleas comunitarias, expresiones artísticas y clases públicas que intentaban reflexionar sobre lo que sucedía y demostrar apoyo al grupo de huelguistas. Diversos sectores de trabajadores se solidarizaron y aliaron a la lucha compartiendo experiencias similares en distintos puntos del país.

La cuenca, nuevamente reforzaba su relación con la actividad minera. Nuevamente la conservación del empleo vinculado a la extracción del carbón y a la continuidad del mega proyecto electro carbonífero se ponía en el centro del debate.

Por primera vez la marcha del 8 de marzo movilizó a gran parte de la población y culminó en un acto en boca de mina, lugar emblemático si los hay aquí, dado el mito que prohíbe el ingreso a mina a las mujeres. Mito que a mi entender codifica culturalmente la gestión del temor, expresa la precarización del trabajo, y refuerza la segregación de la mujer en la actividad.

La participación de las mujeres en sus diversos roles: madres, hijas, esposas, novias y amigas de mineros, así como trabajadoras de la empresa resonó con más fuerza que las décadas anteriores. El contexto era distinto. El movimiento Ni Una Menos, la marea verde a favor de la legalización de la interrupción voluntaria del embarazo y la nueva ola del movimiento feminista tenía eco también en este rincón. Así, si bien intuía desde el comienzo de mi investigación y vida aquí que las relaciones de poder entre géneros eran centrales para mirar este espacio, ahora lo veía diferente porque lentamente comenzaba un proceso de cuestionamiento personal sobre mi condición de mujer y la forma en que veía a las mujeres en lucha.

Mientras compartía actividades en los ranchos de acampes me sentí una maraña de contradicciones ¿Cómo es posible que se defienda un trabajo basado en la extracción, en la

destrucción paulatina de los cuerpos y de la naturaleza? ¿Cómo no emocionarme profundamente con Celeste⁸ cuando irrumpe con fuerza en una asamblea de más de 500 hombres tratando de que se oiga su voz desesperada pidiendo unidad porque de lo contrario al ser una mujer desocupada la tenencia de sus hijos se veía en peligro? ¿Cómo sostener la angustia de un trabajador despedido al que le quedaban pocos años para jubilarse luego de entregar su vida al cerro y sus consecuentes cargas? ¿Dónde ubicar el desconcierto al ver que durante 15 días, 3 mujeres permanecieron en interior de mina en señal de protesta por la recuperación del empleo y como expresión de lucha por ocupar espacios vedados dentro de la organización empresaria, sin apoyo de gran cantidad de trabajadores/as ni repercusión entre los vecinos?

Ahora estaba allí, se podría decir que metodológicamente estaba haciendo observación participante, pero fue más que eso, es más, los registros de ese tiempo se reducen a unas pocas páginas. Me dejé atravesar por el desconcierto, no sabía cómo leer la realidad en movimiento cuando yo misma me encontraba en movimiento.

Las mujeres del carbón llegaron a considerarme una más entre ellas y yo por dentro continuaba sintiéndome ajena, conflictuada, tiroteada entre ellas y mi deseo aún latente de acompañar a sujetos que defiendan la vida vivible para todos, humanos y no humanos y por ende cuestionen toda actividad extractiva. Me veía apoyando a Juana, Vanina, Nadia y María en las actividades que mantenían activos a los ranchos de boca de mina, mientras cuestionaba discursos hegemónicos y programas gubernamentales que proclaman la inclusión de la mujer en actividades tradicionalmente masculinizadas bajo el lema de igualdad, cuando eso no es sinónimo de mejora en las condiciones de vida para la totalidad de las mujeres de este espacio.

¿A quiénes acompañaba? ¿Desde dónde lo hacía? ¿Era yo una mujer del carbón? ¿Así me consideraban más allá de expresarlo verbalmente? ¿Por qué en ese contexto decidí doblegar la apuesta y continuar con mi investigación doctoral con los mismos sujetos?

Han pasado tres años de ese tiempo. En el transcurso comencé a incursionar en lecturas e investigaciones feministas, todo el entorno empecé a leerlo con lentes violetas: el cotidiano

⁸ Los nombres han sido cambiados para preservar la confidencialidad de mis interlocutores.

doméstico, el barrio, mis registros de campo, la dinámica empresaria. De a poco fui conociendo parte de la diversidad de la militancia feminista en la región, aquella ecologista que se levanta en contra de la represas y mega minería en Santa Cruz, otras que se preocupan por problemáticas vinculadas a la sexualidad y la perspectiva integracionista que breva por la igualdad de derechos con los varones. Entre algunas de estas miradas intentaba posicionarme para mirar mi entorno. La contradicción continuaba y sentía la exigencia de hacer público mi posicionamiento ¿cómo puede una investigadora que trabaja cuestiones de género no hablar al respecto?

También en este tiempo se aprobó la IVE, fui madre, y una pandemia nos movilizó en múltiples sentidos colocando en el centro lo importante. Comencé a ver la exclusión más de cerca y a palpar la desigualdad en múltiples sentidos. Reconocía la valentía de las mujeres del carbón y su necesidad de irrumpir mostrando lo que hay debajo del silencio. No las idealicé, ni levanté su bandera ni las victimicé, diría que me quedé cerca tratando de comprenderlas en esa complejidad que aún no lograba despejar ni posicionar en mí.

De a poco comencé a cuestionarme. ¿Cómo me veo como mujer y cómo madre?, ¿cómo agencio mi poder, mi trayectoria de vida y formación? ¿Cómo y ante quiénes abro mi voz? ¿qué lucha persigo cuando todo ello se hace bajo la fuerte presencia histórica, simbólica y económica de una empresa minera estatal masculinizada? Recién al transitar este proceso personal empecé a escuchar de manera latente debajo de las demandas manifiestas del trabajo de campo. Comencé a ver que surgían dolores, necesidades y formas de sostener la vida, similares. La periferia, el silencio, el ostracismo doméstico, la migración y la dificultad de crear redes de apoyo, el aislamiento que impulsa el refugio caliente en los espacios cerrados, la mirada punzante de la masculinidad hegemónica que se percibe y reproduce en múltiples dimensiones, la pobreza dependiente y dependencia del Estado para nuestra subsistencia nos aúna. También lo hace la búsqueda activa de correnos de esos lugares, de transformar lo que nos oprime, de sabernos potencialmente creadoras de realidades diversas.

En este tiempo me reconozco transitando la incomodidad de verme sujeto social en este territorio. Ahora sí me identifico con las mujeres del carbón más allá de cualquier rótulo de adscripción dentro del feminismo, aún sin ser trabajadora de una empresa minera ni tener tradición familiar en relación a la minería, porque muchas de sus luchas personales y

cotidianas también son las mías. Y porque asumo que lo que ocurra con el colectivo de trabajadores de YCRT y sus familias repercute en cada uno de quienes aquí habitamos y lo que pueda decir desde mi mirada también les llega. Entonces me pregunto ¿Qué concesiones es necesario hacer para lograr sostener la vida en este lugar? ¿Desde dónde, para qué y para quiénes las problematizamos? ¿Qué construcciones desde este presente podemos hacer juntas reconociendo que estamos entre la fuerza del pasado, la tradición minera de lucha, las necesidades cotidianas, la experiencia que vamos compartiendo y el futuro deseado?

Las trampas en que caímos. Territorios que nos invocan y nuestra condición de mujer

Es un desafío para nosotras pensar las interrelaciones entre los espacios profesionales, laborales, de militancia y de la intimidad, las tensiones y la influencia del contexto en nuestro propio andar, sin advertir de antemano la predominancia del pensamiento teórico ante el epistémico. Reproducimos sin darnos cuenta el eclipsamiento del sujeto propio del pensamiento histórico y social clásico al excluarnos a nosotras mismas como “sujetos potenciales” (Guarín, 2017, p.32). Y eclipsamos también los nexos entre conocimiento y poder que permean nuestras prácticas sociales e investigativas.

Desplazamientos de sur a norte y de norte a sur son parte de las lógicas y dinámicas de este espacio. El choque de los territorios que nos habitan es inevitable. Desde ese presente en el que nos encontrábamos ¿Desde dónde nos planteamos investigar lo que investigamos?

Por un lado, el deseo de conocer movido por el impulso intelectual se encontraba impregnado por el extrañamiento de la recién llegada y por la idea subyacente que el distanciamiento antropológico es necesario en todo proceso etnográfico. Así, una antropóloga neófita y con el temor de volverse ágrafa entre sus dedos antepuso a su realidad las “prótesis metodológicas” (Guarín, 2017, p.35) replicando el extractivismo que se respira en el aire, pero esta vez en relación a la construcción de conocimiento. Si al buscar sistemas de información y datos se congela la realidad convirtiendo al sujeto en objeto de análisis y olvidando que el conocimiento es un proceso social y quien participa está implicado ¿Cuánto de extractivo efectuamos al entrar en las lógicas del productivismo académico, o sin ir más lejos, para intentar culminar etapas en nuestro tránsito de formación?

¿Con qué sujetos identificamos un compromiso político de responsabilidad social cuando la realidad del contexto y la nuestra personal y afectiva se encuentran en movimiento? nos preguntamos también ¿hasta qué punto las lecturas y experiencias con grupos considerados como “marginales” o como “necesarios de defender por el feminismo” funcionan como viseras que nos impiden construir otras investigaciones desde el sujeto? Quizás no siempre somos conscientes que investigar desde el sujeto implica hacerlo desde un sujeto no abstracto.

Nuestras trampas fueron ir con la teoría como visera, con la experiencia nostálgica de la participación en grupos de estudios ausentes en la nueva realidad, y como activistas comprometidas con las agendas que marcaba el feminismo en ese entonces.

La autoreflexividad como proceso activo y como pasaje necesario y deconstructivo en el proceso de ruptura de la investigación extractivista a la interactiva, es decir, el transitar desde una objetividad posicionada propia del pensar teórico, a una subjetividad posicionada, propia del pensar epistémico (Sandoval, 2015), implica un tiempo que sobrepasa los tiempos y espacios académicos. Porque para llegar a preguntarnos qué tienen para decir de ellos mismos los sujetos con quienes investigamos, cómo relatan el mundo en este presente histórico, cómo condensan sus prácticas, proyectos y utopías, primero necesitamos rescatarnos a nosotras mismas y ello implica permitirse un transitar incómodo de crisis y rupturas.

En nuestros recorridos investigativos y de militancia, una desde el abolicionismo y la otra identificando las desigualdades que las mujeres atravesaban en la mina, de qué modo nos sentíamos interpeladas por los feminismos al acercarnos a estos sujetos (las trabajadoras sexuales y las mujeres del carbón). ¿Cuánto de nuestras concepciones previas estaban influenciando en las formas en la que construíamos y narrábamos a estas mujeres? Con esa intención que tenemos las investigadoras feministas, basada en la necesidad y el deber de posicionarnos respecto de la dominación masculina, ¿qué es lo que no podíamos ver por defender las ideas de un feminismo abolicionista y de un feminismo ecologista? Nuestras creencias y prácticas culturales, deseos e intereses moldean los resultados de los análisis tanto para las investigaciones feministas como para las sexistas.

Desde el hacer decolonial se propone el desprendimiento de las nociones de investigación, investigador e investigado (Ortiz y Arias, 2019), pero también el feminismo decolonial nos propone hacer una antropología de la dominación (Curiel, 2015), es decir, que el hacer decolonial impacte en nuestras propias posiciones como investigadoras. Avanzar en ese desprendimiento implica, por un lado, reconocer y legitimar los saberes subalternizados de las mujeres que estábamos investigando para pasar a “investigar con ellas” y por el otro, problematizar las condiciones de producción de conocimientos reconociendo la geopolítica de las comodidades en las que navegamos como mujeres investigadoras, becarias, clase media, etc. Posiciones que en el sistema capitalista moderno y colonial nos tienen en lugares de privilegios. Una buena forma de empezar era cuestionar los privilegios desde los que enunciábamos posiciones a favor o en contra de la prostitución o del extrativismo.

Como lo enfatiza Rafael Sandoval “convertirnos en sujetos de la investigación implica la exigencia de desaprender y reaprender otra forma de establecer la relación entre sujetos en el contexto del sujeto social que formamos parte” (Sandoval, 2016, p.63).

Nuestra tarea, en principio, es develar la colonialidad oculta de los conceptos con los que veníamos transitando las lecturas y las construcciones del problema, caminito que nos exigen para ingresar al sistema científico pero que claramente no son fieles a los sujetos protagonistas de esos problemas que nosotras decimos construir. En ambas investigaciones planteamos a un sujeto de investigación y le adjudicamos una supuesta posición de víctima ¿sólo por ser mujeres? La colonialidad oculta tenía un alcance situado, histórico y regional que hacía que nuestras investigaciones ubiquen a las mujeres en el padecimiento de las desigualdades de un contexto masculinizado y veíamos, según las posturas de los feminismos que comulgamos, que las mujeres no elegían en nada algo de ese modo de vida que ellas experimentaron.

De ahí surge, como piensa Walter Mignolo (como se citó en Ortiz y Arias, 2019), el deber de desprendernos de los contenidos, pero también de los términos con los que veníamos escribiendo y dialogando con los sujetos de investigación. Víctimas, mujeres de prostitución, trabajadoras sexuales, mujeres de los mineros, trabajadoras mineras. Las categorías que usábamos para acercarnos a nuestros sujetos de investigación nos terminaron alejando sin darnos cuenta. Era necesario desprendernos de nuestros proyectos de beca, de nuestras

propuestas metodológicas, esas que escribimos sin conocer a los sujetos, para iniciar aquellas acciones que humanizan la investigación: “contemplar, conversar y reflexionar, las cuales caracterizan la vocación decolonial” (Ortiz y Arias, 2019, p.156).

Pero no se trata solo de desprendernos de la metodología sino también de nuestras trayectorias feministas porque si bien en parte fueron motivadoras para la tarea investigativa, también son condicionantes. Cuando se comprenden los prejuicios de los que nos deshacemos, inicia un camino de observación recíproca, nos dejamos observar por el otro/la otra, nos observan las mujeres, las mineras, las que ejercen prostitución, nos observan las feministas, las abolicionistas, las que defienden el trabajo sexual, las ecologistas y las economistas del género, y en comunidades pequeñas como estas nos observan los/las gestores/as políticos/as, quienes se dedican a las áreas de género, al medioambiente, a las políticas anti trata, etc. Y así pasamos de la ideología previa a la demanda de un posicionamiento. Lo que digamos tendrá impacto en la relación con nuestros sujetos investigados, con otras fuentes y modificará las condiciones políticas de la investigación y las formas cotidianas de relacionarnos en este espacio.

Alejandro Haber (2014) sostiene que el vínculo entre investigadores y comunidades se construye desde relaciones sociales signadas por el compadrazgo y la amistad a partir de habitar un espacio común, más que desde declamaciones sobre el compromiso social. Esto implica que “el trabajo académico no siempre es coincidente con las agendas de los grupos en lucha” (Palumbo y Vacca, 2020, p.9). Empiezan a surgir las contradicciones entre los tiempos del contexto y los posicionamientos que vamos construyendo en vínculo con la experiencia decolonial que nos damos con las mujeres. Contemplar, conversar y reflexionar nos quita el peso de tener que posicionarse, sin embargo, en algún momento se hace carne el vínculo que se torna una alianza que va más allá de los fines académicos y que nos devuelve la empatía genuina con las comunidades.

Reflexiones finales-continuas

La conversación sostenida en el tiempo implica dejarnos envolver por la propia interrelación, en el encuentro de subjetividades que nos mantiene predisuestas a cambiar nuestra mirada en la propia conversación. Aunque una investigación puede tener tiempos

pautados, entrega de informes, etapas finales, una auténtica conversación investigativa no tiene fin porque se trata de mantener la disponibilidad para ser modificados/as.

Como queda expresado a lo largo de este escrito, estamos construyendo una colocación frente al mundo, frente a la realidad que nos rodea en nuestros espacios de vida en el sur austral. Entonces ¿Dónde estamos parados frente aquello que queremos conocer? esa invitación que provocativamente nos hace Zemelman y que paulatinamente comenzamos a vislumbrar resulta de la articulación entre nuestros pasados y el devenir. Desde allí es que podemos releer las condiciones que hacen posibles nuestras investigaciones, las trampas de la dominación y nuestras capacidades de trascender lo que somos, de colocarnos en las circunstancias externas e implicarnos con otros en la construcción de conocimiento y producción de lecturas que den cuenta de ello. El desafío epistémico implica comprender que hay un movimiento continuo en la realidad y en la comprensión de nosotros mismos.

Describimos estas situaciones como crisis en el sentido que tiene para Haber la mudanza: “aceptamos que aquello con los que nos re-encontramos cuando creíamos explorar lo desconocido es distinto a como lo habíamos relacionado” (2011, p.18). El hecho de no desesperar ante las dudas y las crisis, posibilita abrirse a la investigación, es decir, pensar en nuestras estrategias de objetivación como un modo de deconstruirlas, dejarnos llevar por la conversación y estar abiertas a la transformación, aunque no podamos saber exactamente hacia qué lugares llegaremos.

Referencias bibliográficas

- Behrens, R. (2012). Mujeres contadas. Prostitución, explotación sexual y trata de personas en el discurso periodístico de Santa Cruz. *Revista Espacios*, (34), 15-23.
- Carrasco Bengoa, C. (2006). La Economía Feminista: Una apuesta por otra economía. En M. J. Vara (Ed), *Estudios sobre género y economía* (pp. 29- 62). Madrid, España: Editorial Akal.
- Curiel Pichardo, O. (2015). Construyendo metodologías feministas desde el feminismo decolonial. En *Otras formas de (re)conocer: Reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista* (pp. 45-60). España: HEGOA, Universidad del País Vasco.
- Espino, A. (2012). Perspectivas teóricas sobre género, trabajo y situación del mercado laboral latinoamericano. En V. Esquivel (coord.), *La economía feminista desde América Latina: una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región* (pp. 190- 246). Santo Domingo, República Dominicana: GEMLAC – ONU MUJERES.
- Guarín Jurado, G. (2017). Desplazamientos epistemológicos contemporáneos en las ciencias sociales y humanas en América Latina. En S. V. Alvarado (et al), *Las ciencias sociales en sus desplazamientos: nuevas epistemes y nuevos desafíos* (pp. 27-38). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Haber, A. (2011). Nometodología payanesa. Notas de metodología indisciplinada. *Revista Chilena de Antropología*, (23), 9-50.
- Haber, A. (2014). Interculturalidad epistémica y acción política en la arqueología poscolonial. En M. Rivolta, M. Montenegro, L. Menezes Ferreira, y J. NASTRI (Eds.), *Multivocalidades y activaciones patrimoniales en arqueología: perspectivas desde*

- Sudamérica* (pp. 47-65). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Fundación de Historia Natural Félix de Azara.
- Ortiz Ocaña, A., y Arias López, M. I. (2019). Hacer decolonial: desobedecer a la metodología de la investigación. *Hallazgos*, 16(31), 147-166.
- Palermo, H. (2017). *La producción de la masculinidad en el trabajo petrolero*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Palumbo, M. M., y Vacca, L. C. (2020). Epistemologías y metodologías críticas en Ciencias Sociales: precisiones conceptuales en clave latinoamericana. *Revista Latinoamericana de las Ciencias Sociales*, 10(2). doi: 10.24215/18537863e076
- Preciado, P. (2011). *Manifiesto contrasexual*. Barcelona, España: Anagrama.
- Sandoval Álvarez, R. (2016). *Cuadernos 1. Formas de hacer metodología en la investigación. Reflexividad crítica sobre la práctica*. México: Grietas editores.
- Sandoval Álvarez, R., y Alonso Sánchez, J. (coords.) (2015). *Pensamiento crítico, sujeto y autonomía*. México D.F.: Ciesas.
- Torres Carrillo, A. (2014). Producción del conocimiento desde la investigación crítica. *Revista Nómadas*, (20), 68-83.
- Torres Carrillo, A. (2019). *Pensar epistémico, educación popular e investigación participativa*. Ciudad de México, México: Editora Nómadas.
- Torres Carrillo, A., y Torres Azocar, J. C. (2000). Subjetividad y sujetos sociales en la obra de Hugo Zemelman. *Revista Folios*, (12). Recuperado de

<http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsd/ cgi-bin/library.cgi?c=co/co-014&a=d&d=HASH7259eb1969e92180a56d46.2>

Valiente Bertello, S. C. (2020). Hacia otra forma de conocer desde el saber -hacer de los sujetos. *Revista Cambios y Permanencias*, 11(1), 548-571.